

¿Puede la universidad aportar a las demandas de la movilización social en Colombia?

Andrés Leonardo León

La universidad como herramienta de ejercicio de poder por parte de las clases dominantes ha estado en permanente tensión con las demandas de los sectores subalternos de la sociedad, en una contradicción que va desde institución para la dominación hasta mecanismo para la emancipación de las capas sometidas. La cuestión es si uno de los dos extremos se podrá imponer. Si la universidad puede configurarse completamente como organización al servicio del mercado o, por el contrario, servirá para la transformación social en consonancia con las necesidades de los menos favorecidos.

La universidad pública nació en Latinoamérica como institución indispensable para construir Estados nacionales en el siglo XIX por parte de las clases dominantes que pretendían legitimarse y establecerse como hegemónicas. De ahí que se fundara en la región la Universidad de Buenos Aires en 1821 y, para el caso local, décadas más tarde, en 1867, la Universidad Nacional de Colombia; aunque su antecedente principal, la creación de la Universidad Central, se remonta a 1826, la cual fue cerrada al poco tiempo por la élite conservadora por arrebatarle el monopolio de la educación a la iglesia.

Esas instituciones fueron los centros de formación de los dirigentes de las burguesías locales hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando se fueron transformando en universidades de masas para instruir a las capas medias, acogiendo a

más sectores de la población, esto enmarcado en el llamado Estado de Bienestar (Vega, 2015, p. 77). Por tal motivo en Colombia, por ejemplo, las élites fundaron la Universidad de los Andes en 1948 para la educación de su propia clase.

Una tercera etapa se dio con la victoria del neoliberalismo a escala global, lo que implicó que el capitalismo requiriera ampliar sus dominios, no solo llevando el sistema a otros países, sino creando más mercados, convirtiendo al sistema de salud y a la educación pública en nuevas mercancías, por lo que a ésta última paulatinamente se le ha venido recortando el presupuesto, convirtiéndola en institución con ánimo de lucro, además sirviéndole directamente al capital a través de la extensión universitaria ya desnaturalizada y subsidiando a la demanda a través de préstamos y programas como el actual “Ser pilo paga”. De esta manera se está financiando de modo indirecto a las instituciones privadas por encima de las públicas y generando ganancias adicionales al sistema financiero, puesto que éste maneja los recursos de los estudiantes, que no se entregan bajo el sistema de becas sino de créditos, los cuales por lo general tienen que ser pagados, como ocurre con el Icetex, endeudando a las familias y a los jóvenes que aspiran a obtener un título universitario para ingresar al mercado laboral como mano de obra calificada.

En el primer momento, la relación directa universidad-sociedad se dio vía institucio-



Estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín(Asamblea general)

nal mediante obras de infraestructura para comunicar las regiones entre sí y con el exterior y así industrializar el país, y por medio de la extensión universitaria bajo el modelo de divulgación en el que la academia llega con actividades artísticas y culturales a la población que no tienen la posibilidad de acceder directamente a ella, mediante conciertos, obras de teatro o cátedras libres.

En la segunda fase, desde mediados hasta finales del siglo XX, aparecieron nuevas formas de relacionamiento entre la universidad y las comunidades que, sin dejar de lado las formas tradicionales del periodo anterior, se enriquecieron y se nutrieron de experiencias internacionales como la Revolución Cubana y teorías como la pedagogía de la liberación, no tanto desde la institucionalidad, sino desde las expresiones organizadas de los estudiantes y de los profesores. Pero estas formas tienen en sí mismas cierta peligrosidad para el establecimiento por lo que fueron atacadas desde un principio tanto desde el ejercicio de la violencia física, con estudiantes torturados, asesinados y desaparecidos, como desde la ideología con la introducción de la lógica empresarial en la academia.

En el tercer momento, el actual, que en

Colombia se dio a partir de la Constitución de 1991 y la Ley 30 de 1992 "por la cual se organiza el servicio público de la educación superior", la universidad en general no está siendo administrada para resolver las necesidades del conjunto de la sociedad sino las del mercado, que muchas veces son opuestas entre sí, ya que el crecimiento económico presagia para un sector importante de la población "una desigualdad cada vez más profunda y cruel, y unas condiciones de vida más precarias, y además más degradación, infortunios, ofensas y humillaciones" (Bauman, 2014, p. 55). Modelo hegemónico que se comprueba con la frase de Marco Palacios, rector de la Universidad Nacional impuesto por Álvaro Uribe en 2003, quien en ejercicio de su rectoría, afirmó que "quizás estemos enseñando demasiado, entregando un profesional que supera los requerimientos del mercado."

De esta forma se imponen directivos en las instituciones no para orientar la academia y aportar al debate nacional sobre los problemas del país sino para administrar recursos económicos y hacer negocios con el Estado y la empresa privada, mediadas por instituciones como Colciencias que determinan qué debe investigarse según los requerimientos del mercado. Es así como se priorizan investigaciones en agrocombustibles que benefician al capital transnacional y al

latifundismo, en detrimento de la soberanía alimentaria de la mayoría y el derecho a la tierra del pequeño campesino.

Pero como toda acción conlleva una reacción, hay sectores de la academia que resisten a ese modelo por lo que no han desaparecido las prácticas de campo en comunidades, las brigadas barriales, los preuniversitarios populares, los proyectos de extensión solidaria, los colectivos estudiantiles, entre otras.

Por su parte, la movilización social en Colombia ha estado relacionada con la universidad pública a partir del antecedente argentino de la Reforma de Córdoba de 1918, la cual puso en entredicho el modelo confesional que había tenido hasta el momento la educación superior, por lo que a partir de allí se dio un giro hacia las causas populares. Es por eso que, en 1929, estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia salieron a la calle a protestar contra el gobierno conservador de la época y a denunciar la masacre de las bananeras en la que fueron asesinados cientos de campesinos. Tras la manifestación, la policía mató a Gonzalo Bravo Pérez, primero de muchos mártires que tendría el movimiento estudiantil colombiano en su historia.

Desde entonces, la universidad pública comenzó a cobrar un papel protagónico en el movimiento social colombiano, por ejemplo, apoyando luchas sindicales, haciendo brigadas de alfabetización popular en barrios y comunidades rurales o desarrollando debates acalorados sobre la política nacional. Fue de importancia significativa el papel jugado para terminar con la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla, quien en 1954 ordenó reprimir una manifestación en conmemoración de la muerte de Gonzalo Bravo Pérez, dejando como saldo el asesinato de Uriel Gutiérrez el 8 de junio y 13 estudiantes masacrados

al día siguiente a manos del Batallón Colombia que había regresado de la guerra de Corea. Estos estudiantes habían salido en una gigantesca marcha en repudio a la muerte de Uriel.

Hechos similares ocurrieron en otros países como México, en donde en el año de 1968 el movimiento estudiantil marchó junto a varios sectores sociales el 2 de octubre en contra del gobierno en la plaza de Tlatelolco, previo a los Juegos Olímpicos, dejando la represión un saldo de cientos de manifestantes asesinados en una acción conjunta entre ejército y paramilitares.

Además, el movimiento estudiantil colombiano fue fundamental en la configuración de la política nacional, siendo decisivo en la creación de algunas guerrillas como el ELN y del crecimiento de organizaciones insurgentes rurales y urbanas que han existido desde los años 60 en Colombia, además de jugar un papel protagónico en el desarrollo de organizaciones, partidos y movimientos de todo el espectro ideológico.

El caso más reciente de solidaridad del movimiento estudiantil con las demandas de las comunidades se dio durante el último paro agrario de 2013 en acciones que iban desde foros informativos, actividades culturales, recolección de alimentos hasta participación directa en las movilizaciones y enfrentamientos directos contra la policía en algunas universidades para descentralizar el uso del aparato represivo contra un solo sector social -los campesinos- durante las tomas de carreteras.

Se ha hecho mención a mecanismos de represión usados contra el movimiento estudiantil y el social en su conjunto, que por lo general son ejecutados mediante los aparatos policiales, en especial los que tienen el fin específico de agredir a la población civil como el ESMAD, además de mecanismos parainstitucionales como el para-

militarismo, encargado del uso del terror con fines coercitivos; pero también hay instrumentos de vigilancia cada vez más totalizadores, herramientas jurídicas cada vez más prohibitivas y aparatos ideológicos más invasivos, especialmente los de la información (Althusser, 1971, p. 32).

En cuanto a la supervisión, las cámaras de vigilancia aparecen ahora en todas partes, aunque todavía no ingresan a los salones de clase porque están prohibidas por la Corte Constitucional ¹, sumado a la interceptación legal e ilegal de las telecomunicaciones, de forma aleatoria o dirigida, tanto de las llamadas como del flujo de información a través de la red, en complicidad con la mayoría de las grandes compañías de Internet, Microsoft, Yahoo, Google, Facebook (empresa propietaria de Whatsapp e Instagram), PalTalk, AOL, Skype (ahora propiedad de Microsoft), YouTube (ahora de Google) y Apple, tal como han denunciado, entre otros, Edward Snowden, exagente de la Agencia (secreta) Nacional de Seguridad (NSA) y Julian Assange, fundador de Wikileaks, ambos perseguidos por el aparato policial estadounidense (Ramonet, 2013).

El control llega al punto de configurar estructuralmente incluso los espacios individuales y colectivos. En ese sentido, Mike Davis, citado por Soja, afirma que “[e]n ciudades como Los Ángeles, en el lado oscuro de la postmodernidad, se observa una inédita tendencia a mezclar el diseño urbano, la arquitectura y la maquinaria policial en una sola estrategia de seguridad global” (Soja, 2008, p. 422). Así que, de la misma forma como en el siglo XIX Haussman amplió las avenidas para evitar desórdenes callejeros, “[p]odemos visitar cualquiera de los grotescos edificios de hormigón y las enormes plazas construidas en los campus universitarios

americanos a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta con el propósito de evitar las manifestaciones de estudiantes” (Wimmer et al, 1987).

Ese control en Colombia se evidenció con el espionaje ilegal a la oposición por parte del DAS y de parainstituciones, incluyendo líderes del movimiento estudiantil, varios de los cuales en los últimos años fueron encarcelados con montajes judiciales tras la lucha que emprendió la Mesa Amplia Nacional Estudiantil, la cual logró tumbarle al gobierno la reforma a la educación superior, aún más neoliberal que la actual, que pretendía imponer vía Congreso de la República en el 2011.

Y es vía legislativa que se han endurecido en varios países las penas contra las manifestaciones sociales. Por ejemplo, en los últimos Códigos de Policía y Código Penal en Colombia se ha establecido como delito grave el agredir a un funcionario público en ejercicio de su función (léase policía reprimiendo) o el de penalizar con cárcel el solo hecho de bloquear una vía en una marcha. Con estas leyes han encarcelado decenas de estudiantes, campesinos y obreros, especialmente durante el paro agrario de 2013, varios de los cuales aún permanecen en prisión, incluso sin pruebas.

En cuanto a la configuración de espacios universitarios, en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, se construyó el “Edificio de Ciencia y Tecnología Luis Carlos Sarmiento Angulo” con una plazoleta abierta y lisa en cemento que, además de desplazar decenas de árboles que allí se encontraban, se realizó con el objetivo de descentralizar las actividades culturales y artísticas del campus, cuyo punto de referencia ha sido la plaza Che Guevara, para así quitarle protagonismo puesto que en el imaginario colectivo ha sido el espacio de

¹ Sentencia T-407/12 Instalación de cámaras de seguridad en aulas de clase de institución educativa-vulneración del derecho a la intimidad y libre desarrollo de la personalidad.

convocatoria de marchas, mítines y asambleas que desarrollan los estudiantes. En esa misma línea, se cerraron varias oficinas estudiantiles, como las de Ingeniería y Ciencias, y salones donde se reunían grupos estudiantiles, como en Artes, con objetivos claramente de control, así como se instalaron múltiples cámaras en pasillos y cafeterías.

En el uso de los espacios universitarios también la biopolítica ejerce mecanismos de control evidenciado en actos administrativos como concursos de murales en la sede Medellín en donde el requisito para poder participar sea que el diseño no tenga connotaciones políticas, como si eso fuera posible, borrando además cualquier otro que se encuentre en el campus que no tenga la aprobación inquisidora de la administración de la sede, en una clara estrategia de normalización y domesticación del pensamiento disidente.

En cuanto a la función ideológica de la academia, para poner a funcionar a la universidad en sintonía con el mercado, la tecnocracia hace uso de la supuesta neutralidad de la ciencia, siguiendo el principio según el cual “[e]n la tecnología no hay verdad ni falsedad, no hay bien ni mal, correcto o incorrecto; solo hay adecuación e inadecuación con relación a un fin pragmático” (Marcuse, 2001, pp 197-198). “Es esta concepción tradicional, asumida y promovida por los propios científicos y tecnólogos, la que en nuestros días sigue usándose para legitimar formas tecnocráticas de gobierno y continúa orientando el diseño curricular en todos los niveles de la enseñanza” (Martínez, 2004). De esta forma se inculca una mentalidad empresarial y “neutral” en la forma de relacionarse con la ciencia y la tecnología en el ejercicio académico y profesional, haciendo que el estudiante tenga cada vez menos vínculos con la sociedad en beneficio del mercado, mediante escuelas y ferias de emprendimiento, valores

mercantiles como la competencia o la calidad, y afán por pagar la deuda que obtuvo el alumno con el sistema financiero para poder pagar su carrera.

La lógica empresarial de la academia se inserta no solo en la gestión de la institución sino en los fines misionales, de docencia, investigación y extensión, en la misma ideología de los académicos. Los estudiantes que quieren investigar, con la promesa del “éxito” profesional y el refuerzo de los incentivos, se convierten en unos explotados más por el modelo (Restrepo, 2013, p. 13). Esta forma de disciplinamiento y control fabrica individuos acríticos (Foucault, 1982, p. 191) de tal forma que queda en el sentido común (gramsciano) que “a la universidad se va a estudiar” como si no existiera una conexión entre los contenidos curriculares y la pertinencia social de los mismos, mientras que defender algún derecho es de “mamertos”, cuestionar la autoridad es una idea extremista y rayar una pared se convierte en terrorismo.

Frente a este panorama, sectores de la academia han seguido resistiendo al modelo empresarial que le da la espalda a las comunidades excluidas. Ejemplo de ello son la gran cantidad de artículos que profesores escriben reflexionando sobre los problemas sociales, políticos, tecnológicos, de infraestructura, del país, que hacen de manera seria, alejados de cualquier pretensión de suma de puntos salariales o de “comisiones” pagadas por la empresa privada.

Además se destacan la gran cantidad de foros, seminarios, materias, grupos de discusión y de investigación que todavía existen al interior de la academia con el objetivo de pensarse una universidad y una sociedad nuevas, en donde el pensamiento crítico sigue activo y vigente en procura de la transformación radical de la realidad.

Como caso especial, es de resaltar el papel

que ha jugado en el proceso de paz de La Habana, donde académicos han reflexionado frente a los orígenes del conflicto como se puede ver en el informe *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia 2*, o en la tarea que cumplió la Universidad Nacional en la realización de los foros de la sociedad civil sobre los temas de la agenda del mismo proceso.

Por otra parte, estudiantes continúan organizándose no solo como movimiento estudiantil para transformar la universidad, ejemplo MANE, sino que han logrado construir articulación con sectores populares, atendiendo las demandas de los movimientos sociales desde diferentes áreas como la recuperación de la memoria histórica, proyectos de ingeniería, brigadas de salud, incluso aportando a la organización comunitaria y a los planes de desarrollo de zonas rurales que han sido olvidadas o atacadas por el Estado, tal es el caso de las Zonas de Reserva Campesina, proyectos en los que academia y campesinos construyen diálogo de saberes a la vez que resuelven problemas reales.

Nos acercamos pues a distopías literarias como *Un mundo feliz* de Huxley, con aparatos técnicos que pretenden neutralizar y homo-

geneizar el pensamiento, o de *Fahrenheit 451* de Bradbury con elementos institucionales que buscan evitar la disidencia, o de *1984* de Orwell con dispositivos ideológicos que anhelan reprimir el pensamiento crítico. Sin embargo, todo poder trae consigo su resistencia y la historia es dinámica, por lo que la lucha de clases aún tendrá mucho para decir y para cambiar el curso del “fin de la historia” que pregonaban los propagandistas del neoliberalismo en los años 90.

Así que la universidad podrá alejarse cada vez más de las necesidades de las comunidades excluidas o, por el contrario, resurgirá la sintonía entre movimiento estudiantil y movimientos sociales, el primero como parte integrante del segundo, sea desde la institucionalidad académica o a pesar de ésta. Pero para que ello pase, se deberá al mismo tiempo construir una reforma universitaria y aportar a las transformaciones radicales de la sociedad puesto que lo primero nunca será posible completamente sin lo segundo (Kohan, 2011). Mientras tanto, es necesario que más sectores de la academia se articulen con sectores populares en procura de mejorar las condiciones de vida, por medio de convenios de investigación, extensión y docencia.

² Disponible en:

https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana%2C%20Febrero%20de%202015.pdf

Bibliografía:

- Althusser, L. (1971). Ideología y aparatos ideológicos de Estado. La oveja negra.
- Bauman, Z., & Lyon, D. (2013). Vigilancia líquida. Paidós.
- Bauman, Z. (2014). ¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?. Paidós.
- Bradbury, R. (1985). Fahrenheit 451. Ediciones Orbis.
- Foucault, M. (1982). Vigilar y castigar. Editorial siglo XXI.
- Huxley, A. (1976). Un mundo feliz. Plaza & Janes Editores.
- Kohan, N. (2011). La reforma universitaria en el siglo XXI. Disponible en <http://www.rebellion.org/docs/135608.pdf>
- Langdon, W. (1987). ¿Tienen política los artefactos?. La ballena y el reactor, Gedisa, España.
- Marcuse, H. (2001). Guerra, tecnología y fascismo. Editorial Universidad de Antioquia.
- Martínez F. (2004). La concepción heredada de la Ciencia y la Tecnología. Humanidades Médicas, 4(1).
- Orwell, G. (1952) 1984. Ediciones Destino.
- Ramonet, I. (2013). ¡Todos fichados!. Le Monde diplomatique en español, (213), 1-2.
- Restrepo, C. (2013). Universidad-biopolítica. Razones para las nuevas luchas estudiantiles. Adriana Ruiz (comp.), Universidad e investigación, Medellín, UPB, 49-62.
- Soja, W. E. (2008): Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Vega, R. (2015). La universidad de la ignorancia. Capitalismo académico y mercantilización de la educación superior. Ocean Sur.
- Verdú, V. (2003). El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción. Barcelona. Anagrama.